

Queridos hijos:

Hace 34 años me matriculé por verdadera vocación en la carrera de "madre". Durante este tiempo he ido pasando los distintos cursos a base de amor, entrega y dedicación; y podéis estar seguros que en todo momento me he preparado lo mejor que he sabido y podido, y, sobre todo, disfrutando y sintiendo el momento. Vosotros me habéis ido aprobando con el amor y cariño demostrado y a través del resultado obtenido: "tres personas buenas y humanas".

La carrera sigue avanzando, pero tengo una asignatura pendiente desde hace 13 años. Necesitaba fortalecerme emocional y espiritualmente para exponérsela, y vosotros habéis contribuido con constantes invitaciones a hacerlo. Tengo que aclarar que mi número preferido es el 13 (como sabéis, nací en 13, en el Instituto tenía el número 13, mi primer teléfono sumaba 13).

Transcurría el año 1992 cuando después de una revisión ginecológica me fue diagnosticado un cáncer de mama. La noticia me impactó mucho; y, en ese momento, en décimas de segundo por mi mente pasó una película de toda mi vida. Pensé que todo había terminado y que debía prepararme para morir, incluso para hacer testamento.

Como si los pensamientos me los leyera el médico su respuesta fue de gran esperanza, dentro de la gravedad. En los días sucesivos tuve sensaciones de miedo, rabia, tristeza, preguntas –"¿por qué a mí?"-, autculpa –"¿en qué he fallado?"-. Todo esto en el más completo silencio e intimidad. Sin embargo, cuando iba en la camilla camino del quirófano, una luz me invadió y decidí que tenía que seguir viviendo, que no había terminado "la carrera de mi vida".

El tratamiento posterior fue duro; pero me hice cómplice de él, era el amigo que me curaba la parte física. Incluso en las sesiones de quimioterapia visualizaba como se iban ordenando las células dentro del organismo.

Antes del diagnóstico de la enfermedad ejercía de esposa, madre y profesional; pero la enfermedad tiene el poder de paralizarte. De momento, te dan la baja laboral; pero tengo que reconocer que la parte más dura del proceso fue el admitir que el papel que me había asignado en el ámbito familiar tenía que cambiarlo. Debía empezar a pedir ayuda, sola no podía sobrellevarlo. Casi sin darme cuenta un tejido familiar se formó a mi alrededor. Me di cuenta que estaba rodeada de unos hijos con grandes dotes de sensibilidad, generosidad y sobre todo amor. Cada uno asumisteis vuestro papel para la nueva puesta en escena.

Gracias, hijos, por vuestro acompañamiento, por respetarme mis espacios y momentos de tristeza y por ayudarme a seguir viviendo. Después de trece años, y a día de hoy, puedo deciros que paso por la vida sintiéndola e intentando vivir cada momento como si fuera el último y con una gran proyección de futuro.

Besos,

María José